



DIOCESE  
DE LUGO

**Programación Pastoral  
2022-2023**

*Un encuentro actual*



# Líneas de acción

Curso 2022-23

# *Un encuentro actual*

## **1. Prioridad del creer en Dios**

El pasado curso 2021-2022 ha estado caracterizado por la llamada del Papa Francisco a vivir la sinodalidad, a reflexionar juntos y ante el Señor, a buscar el encuentro y la escucha, a renovar nuestra participación en la comunión y la misión de la Iglesia.

Este es un proceso que continúa, no sólo por seguir los ritmos y plazos de la celebración del Sínodo de 2023, sino porque expresa nuestro ser Iglesia, intenta promover nuestro vivir como cristianos del modo más realista: en nuestro lugar, con nuestra historia, en la compañía eclesial concreta.

Y, sin duda, para permanecer nosotros en la fe, y para hacer presente en nuestro mundo —y en nuestras mismas parroquias— la luz del Evangelio y de una vida nueva, hemos de caminar juntos como Iglesia, con conciencia creyente, con el deseo de un discernimiento que, por gracia del Señor, ilumine la existencia, nos conduzca a la unidad de los hermanos.

Nada necesita más nuestro mundo que este testimonio, maduro y consciente, de la fe. Nada es más urgente que el encuentro con Jesucristo y la apertura a Dios Padre, que la conversión de toda forma de autosuficiencia, de apuesta por la lógica del poder —que no nos conduce a la hermandad y la paz, sino a la división y a

la minusvaloración de la vida del pobre, al descarte de débiles e indefensos, desde el seno materno a los años de ancianidad, pasando por todos los que necesitan ayuda, no consumen o producen.

Nosotros, los primeros, hemos de creer en Dios, acoger dócilmente el Evangelio, conocer y amar al Señor Jesús, seguirlo como discípulos suyos, enviados y presentes en medio del mundo.

De hecho, el método de trabajo sinodal nos proponía como primer momento que unidos, como miembros de una Iglesia, viviésemos el encuentro y la escucha de la Palabra de Dios, como raíz nueva de la que brotase nuestra palabra personal, un testimonio animado por la gracia del Espíritu.

En efecto, también nosotros, que compartimos la vida de nuestra sociedad, necesitamos la conversión de toda forma de autosuficiencia, necesitamos la apertura de corazón a Dios, que se reveló Padre de misericordia dándonos a su Hijo, nacido de María. Necesitamos que su Palabra y su Amor iluminen nuestros pasos, las alegrías y los sufrimientos, el quehacer de nuestras vidas. Nos urge creer en Dios, para no absolutizar los bienes creados y los poderes de este mundo, instrumentalizando y manipulando personas y cosas según nuestro interés; para poder mirar nuestra propia vida —y la del prójimo— con esperanza, ciertos de su dignidad.

## **2. La liturgia: lugar del encuentro con Cristo**

### *2.1. La novedad de la Encarnación*

Este momento primero de nuestro caminar unidos —de ese *sempre xuntos* que en los cercanos tiempos de pandemia percibimos tan sensiblemente como necesario— recibe una iluminación particular en la última Carta apostólica de nuestro Papa Francisco, *Desiderio Desideravi*, que os invito a leer tranquilamente, pues me parece corresponderse mucho con nuestras circunstancias más propias.

El Papa nos recuerda en primer lugar el realismo de este encuentro con el Señor. Según sus palabras, para un verdadero encuentro con Cristo, Verbo hecho carne, en quien Dios nos ha dicho y entregado todo, no basta con tener noticias sobre Él (DD 8-9), sobre sus palabras y gestos, sobre las grandes escenas de su vida. Esta era la objeción moderna contra la posibilidad de la fe cristiana hoy día: aunque uno quisiera creer en el Jesús de que se nos habla, no es posible establecer la misma relación que tuvieron con Él los que experimentaron su presencia, cuando no se tiene ya nada más que narraciones de cosas sucedidas en el pasado. En palabras de Francisco: «Si la Resurrección fuera para nosotros un concepto, una idea, un pensamiento; si el Resucitado fuera para nosotros el recuerdo del recuerdo de otros, tan autorizados como los Apóstoles, si no se nos diera también la posibilidad de un verdadero encuentro con Él, sería como declarar concluida la novedad del Verbo hecho carne» (DD 10).

Recordar los recuerdos de otros —como a veces se ha querido describir el NT y la Escritura misma— no basta para que surja la fe, la adhesión de corazón a la presencia novedosa del Señor Jesús en la historia. El método escogido por Dios para venir a nuestro encuentro es la Encarnación, que se nos comunica en la celebración de los sacramentos (DD 9). Este es «el método que la Santísima Trinidad ha elegido para abrirnos el camino de la comunión» (DD 10).

Como dice Francisco: «No nos sirve un vago recuerdo de la última Cena, necesitamos estar presentes en aquella Cena, poder escuchar su voz, comer su Cuerpo y beber su Sangre: le necesitamos a Él. En la Eucaristía y en todos los Sacramentos se nos garantiza la posibilidad de encontrarnos con el Señor Jesús y de ser alcanzados por el poder de su Pascua. El poder salvífico del sacrificio de Jesús, de cada una de sus palabras, de cada uno de sus gestos, mirada, sentimiento, nos alcanza en la celebración de los Sacramentos. (...) El Señor Jesús que, inmolado, ya no vuelve a morir, y sacrificado, vive para siempre, continúa perdonándonos, curándonos y salvándonos con el poder de los Sacramentos. A través de la encarnación, es el modo concreto por el que nos ama» (DD 11).

Este curso, en que dejamos atrás la pandemia, que nos ha impedido tantos encuentros y dificultado nuestra participación personal en la vida sacramental de la Iglesia, el Papa nos reclama así muy oportunamente a tomar conciencia de nuevo de este hecho tan enraizado en nuestra tradición cristiana y en nuestra vida pastoral: La liturgia nos garantiza el encuentro con Cristo (DD 11).

## 2.2. *Participación activa y fructuosa en los sacramentos*

Necesitamos dar de nuevo toda su centralidad a la celebración de los sacramentos, para que nuestra fe sea verdadera y nuestro caminar juntos sea el de verdaderos discípulos de Cristo; para poder afirmar ante nuestro mundo la presencia y la acción del Espíritu del Señor en el presente, la realidad de un encuentro actual con Dios que no es mera proyección de la subjetividad humana<sup>1</sup>. Pues nuestro ser cristianos no se reduce a una buena idea o una decisión moral<sup>2</sup>, «no es una adhesión mental a su pensamiento o la sumisión a un código de comportamiento impuesto por Él: es la inmersión en su pasión, muerte, resurrección y ascensión» (DD 12).

Por eso, una primera línea de acción este año será procurar comprender y redescubrir la importancia de la liturgia en la vida de la Iglesia (DD 16) y, por tanto, «la promoción de la participación plena, consciente, activa y fructuosa en la celebración, ‘fuente primaria y necesaria de donde han de beber los fieles el espíritu verdaderamente cristiano’ (*Sacrosanctum Concilium*, n. 14)» (DD 16).

Hemos de procurar igualmente que la celebración cristiana y sus consecuencias para la vida de la Iglesia no se vean «desfiguradas por una comprensión superficial y reductiva de su valor o, peor aún, por su instrumentalización al servicio de alguna visión ideológica, sea cual sea» (DD 16).

---

1 Es digna de mención la coincidencia de esta valoración de la liturgia con las conclusiones de J. HABERMAS en su último libro, *Auch eine Geschichte der Philosophie*, Berlin 2019, Band 2, 807

2 Cf. BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 1

En efecto, «la celebración litúrgica nos libera de la prisión de una autorreferencialidad alimentada por la propia razón o sentimiento: la acción celebrativa no pertenece al individuo sino a Cristo-Iglesia, (...) siguiendo el camino de la Encarnación, a través del lenguaje simbólico del cuerpo, que se extiende a las cosas, al espacio y al tiempo» (DD 19). Esto es verdad también para nosotros, en las circunstancias de nuestra vida eclesial en la Diócesis de Lugo: no podemos reducir nuestra participación litúrgica a la medida de nuestras referencias, gustos y sentimientos; hemos de aceptar que afecte a nuestro espacio y tiempo, a nuestros lugares de celebración, a nuestros ritmos de vida.

«Participar en el sacrificio eucarístico no es una conquista nuestra», no es en primer lugar expresión de nuestro gusto por reunirnos y menos aún una actividad de una asociación de vecinos, ni es sólo una costumbre tradicional, sino que es respuesta creyente a la llamada del Señor: «es el don de la Pascua del Señor que, aceptado con docilidad, hace nueva nuestra vida» (DD 20). Como cantamos frecuentemente: «Es Cristo quien invita, alegra el corazón; viste el alma de fiesta, que viene tu Señor».

Necesitamos en nuestra Diócesis aquello que por parte del Papa se pide a todos: «redescubrir cada día la belleza de la verdad de la celebración cristiana (...) su significado teológico» (DD 21); para que la liturgia, «sumergiéndonos en el misterio pascual, transforme toda nuestra vida, conformándonos cada vez más con Cristo» (DD 21). Porque «el encuentro con Dios no es fruto de una individual búsqueda interior, sino que es un acontecimiento regalado: podemos encontrar a Dios por el hecho novedoso de la Encarnación que, en la última cena, llega al extremo de querer ser comido por nosotros. ¿Cómo se nos puede escapar lamentablemente la fascinación por la belleza de este don?» (DD 24).

### *2.3. El domingo, invitación del Señor a su Pueblo*

También nosotros, los fieles pertenecientes a nuestra Diócesis de Lugo, y los pastores en particular, hemos de plantearnos «la cuestión fundamental: ¿cómo recuperar la capacidad de vivir plenamente la acción litúrgica?» (DD 27).

Resulta esencial que esta sacramentalidad de lo cristiano, ajena a todo individualismo y subjetivismo, así como a todo espiritualismo abstracto (DD 28), tome forma en lo concreto del espacio y del tiempo, en las circunstancias de nuestras comunidades. Las divergencias en torno a la celebración pueden no ser banales, pueden implicar opciones eclesiológicas (DD 31), afectar nuestro caminar juntos como Iglesia.

Para los ministros ordenados será siempre «una acción pastoral de primera importancia» «llevar de la mano a los fieles bautizados a la repetida experiencia de la Pascua» (DD 36), haciendo posible «la normalidad de nuestras asambleas que se reúnen para celebrar la Eucaristía el día del Señor, domingo tras domingo, Pascua tras Pascua, en momentos concretos de la vida de las personas y de las comunidades, en diferentes edades de la vida» (DD 36).

Por eso, todos nuestros fieles, en cualquier lugar de la Diócesis, deben no sólo tener la posibilidad, sino ser expresamente invitados a esta celebración «normal» de la Eucaristía el día del Señor, así como en otros momentos de la vida. Es nuestra responsabilidad pastoral ofrecer esta posibilidad al pueblo que tenemos encomendado, al menos en templos y centros de referencia situados en la cercanía de los lugares de vida de las personas.

El presbítero hace resonar esta invitación, esta llamada de Cristo a cada uno, según un propio modo sacramental, al que es importante no renunciar. «El ministro ordenado es en sí mismo uno de los modos de presencia del Señor que hacen que la asamblea cristiana sea única, diferente de cualquier otra (cfr. *Sacrosanctum Concilium*, n. 7). Este hecho da profundidad ‘sacramental’ —en sentido amplio— a todos los gestos y palabras de quien preside. La asamblea tiene derecho a poder sentir en esos gestos y palabras el deseo que tiene el Señor, hoy como en la última cena, de seguir comiendo la Pascua con nosotros» (DD 57).

En este sentido, podemos pensar de nuevo en la necesaria «reordenación pastoral» en nuestra Diócesis: procuremos que la celebración de la Pascua del Señor, la participación en el

memorial de su muerte y resurrección —la apertura de corazón, la conversión a su Amor, a su Espíritu— no desaparezca del centro de la vida de nuestros fieles. No actuemos como si pudiese existir una fe o una comunidad cristiana que no fuese respuesta, acogida y participación en el don de Jesús, concretamente realizado y presente en la Eucaristía.

La participación de los fieles en la vida de la Iglesia, su «implicación existencial tiene lugar —en continuidad y coherencia con el método de la Encarnación— por vía sacramental» (DD 42). Es importante, por tanto, preguntarnos cómo ayudar a todos a vivir bien la celebración, aunque sepamos de la eficacia que por sí mismos (*ex opere operato*) tienen los sacramentos (DD 45).

En primer lugar, participar en la celebración «tiene que ver con la realidad de nuestro ser dóciles a la acción del Espíritu, que actúa en ella, hasta que Cristo se forme en nosotros (cfr. Gál 4, 19). La plenitud de nuestra formación es la conformación con Cristo. Repito: no se trata de un proceso mental y abstracto, sino de llegar a ser Él. Esta es la finalidad para la cual se ha dado el Espíritu, cuya acción es siempre y únicamente confeccionar el Cuerpo de Cristo» (DD 41), hacernos vivir como miembros suyos.

Para facilitarlo, necesitamos todos, pastores y fieles, «una dedicación diligente a la celebración» (DD 50). El camino implicará una cierta «disciplina, la renuncia a un sentimentalismo blando, un trabajo serio, realizado en obediencia a la Iglesia, en relación con nuestro ser y nuestro comportamiento religioso» (DD 50).

Esta actitud se refiere a «todos los gestos y palabras que pertenecen a la asamblea: reunirse, caminar en procesión, sentarse, estar de pie, arrodillarse, cantar, estar en silencio, aclamar, mirar, escuchar. Son muchas las formas en que la asamblea, como un solo hombre (Neh 8, 1), participa en la celebración» (DD51). Hemos de priorizar esta preocupación por «realizar todos juntos el mismo gesto» (Ib.), cuidándolo de corazón.

Porque la participación en la celebración litúrgica «nos forma: son gestos y palabras que ponen orden en nuestro mundo interior, haciéndonos experimentar sentimientos, actitudes, comporta-

mientos. No son el enunciado de un ideal en el que inspirarnos, sino una acción que implica al cuerpo en su totalidad, es decir, ser unidad de alma y cuerpo» (DD 51).

«Toda esta riqueza no está lejos de nosotros: está en nuestras iglesias, en nuestras fiestas cristianas, en la centralidad del domingo, en la fuerza de los sacramentos que celebramos. La vida cristiana es un continuo camino de crecimiento: estamos llamados a dejarnos formar con alegría y en comunión» (DD 62). Por eso, insiste el Papa, «os invito a redescubrir el sentido del año litúrgico y del día del Señor: también esto es una consigna del Concilio» (DD 63).

«El año litúrgico es la posibilidad de crecer en el conocimiento del misterio de Cristo, sumergiendo nuestra vida en el misterio de su Pascua, mientras esperamos su vuelta. Se trata de una verdadera formación continua» (DD 64).

Y «el domingo, antes de ser un precepto, es un regalo que Dios hace a su pueblo (por eso, la Iglesia lo protege con un precepto). La celebración dominical ofrece a la comunidad cristiana la posibilidad de formarse por medio de la Eucaristía. De domingo a domingo, la Palabra del Resucitado ilumina nuestra existencia queriendo realizar en nosotros aquello para lo que ha sido enviada (cfr. Is 55, 10-11). De domingo a domingo, la comunión en el Cuerpo y la Sangre de Cristo quiere hacer también de nuestra vida un sacrificio agradable al Padre, en la comunión fraterna que se transforma en compartir, acoger, servir. De domingo a domingo, la fuerza del Pan partido nos sostiene en el anuncio del Evangelio en el que se manifiesta la autenticidad de nuestra celebración» (DD 65).

Así toma la forma querida por el Señor, comunicada en su Espíritu, tanto la fe de la persona como la misma comunidad cristiana, nuestro ser y vivir como Iglesia en nuestras parroquias y en nuestra Diócesis.

### **3. Ejercicio de sinodalidad**

Nuestro caminar *sempre xuntos* tiene su fuente y su culmen en la celebración de la Eucaristía, como nos enseña el Concilio (SC 10; LG 11.26) y repetidamente el magisterio papal desde entonces, hasta esta Carta apostólica de Francisco. Pero toda nuestra tradición eclesial es una confirmación experiencial de esta verdad, como manifiesta la muy profunda conciencia “parroquial” de nuestros fieles, nuestra religiosidad popular, las riquezas de todas las fiestas y celebraciones que han marcado el ritmo de la vida de nuestras casas y pueblos, y hoy a veces miramos con nostalgia —sobre todo en el rural— y procuramos salvaguardar con esfuerzo.

Nuestro caminar sinodal no puede dejar de estar en continuidad y valorar esta experiencia de Pueblo de Dios en nuestra tierra, hecha de familiaridad, de sentido de pertenencia al Señor y de los unos a los otros, de edificación de la vida a la luz del Evangelio y de la gracia de los sacramentos, de caridad cercana, de hospitalidad y ayuda mutua. Ser cristianos es caminar juntos, desde las raíces vivas de la fe, de la pertenencia común al Señor, que determina la forma del acompañarse cotidiano.

Sin este fundamento, actualizado en las circunstancias de hoy, será difícil sostener un proceso sinodal que dé fruto para nuestro pueblo —aunque sea una riqueza y un bien para algunos. Sin Jesús y sin la Eucaristía no podemos gozar de su Espíritu en plenitud.

Hagamos confluir la experiencia sinodal con la del pueblo reunido alrededor del altar del Señor, presidido por sus presbíteros; revitalicemos la celebración litúrgica, cuidemos y promovamos la asamblea eucarística en el día del Señor.

Y que la acogida de la Palabra y del Sacramento nos conduzca a un compartir real, a una compañía, un encuentro y una escucha mutua verdadera, que sostenga la vida de cada uno en sus circunstancias y promueva nuestra participación activa y fructuosa en toda la vida de la Iglesia, en la conformación de nuestra comunidad cristiana.

Será un bien para nuestra propia vida, para la de todos aquellos con quienes la compartimos, nuestros amigos y familia, nuestra parroquia. Pero será también un principio de vida nueva en nuestro mundo, un testimonio de fe y esperanza, y una realidad diversa de comunidad, un lugar de hospitalidad y caridad en el que encontrar al Señor y a los hermanos, en que se consuela todo desaliento y se vence toda soledad.

Cuidemos nuestras raíces —apreciemos nuestra tradición, la historia cristiana de nuestras parroquias y Diócesis— y cuidemos también los frutos en nuestras vidas; y los frutos harán deseables las raíces, harán creíble la relación con Dios, que se nos entrega en su Hijo Jesucristo, y el bien de participar en la comunión con Él, en el camino de su Iglesia en la historia.

Nos serán útiles, como particulares instrumentos en este curso, *las indicaciones que pueda seguir ofreciéndonos la Secretaría del Sínodo* desde Roma y desde nuestra Conferencia episcopal.

La experiencia vivida el curso pasado nos invita igualmente a valorar y cuidar todas las riquezas de nuestra Iglesia, de nuestras parroquias. Comprendemos mejor no sólo sus límites, sino también los muchos bienes y posibilidades que nos ofrecen, como herencia legada por los que nos precedieron en el camino.

En este proceso, estamos llamados a valorar especialmente aquellas *formas de sinodalidad que están ya constituidas* de muchas maneras en las parroquias y en la Diócesis: grupos de trabajo y de colaboración, de acompañamiento en la comunión y en la misión de la Iglesia, Consejos, etc. Es una responsabilidad de todos que este trabajo común, ya iniciado, sea real y fructuoso, en las parroquias y en las diferentes instituciones eclesiales.

En particular, *el trabajo de «Formación permanente»* de este año estará destinado al tema muy amplio del «patrimonio diocesano», que es una expresión clara, muy concreta y material, de esta pertenencia común, de la comunión vivida y de la responsabilidad compartida.

Será un curso en el que esperamos igualmente poder trasladar nuestra Caritas diocesana a nuevas instalaciones, más adecuadas,

en el contexto del *cuidado de nuestra actividad socio-caritativa*. En el edificio (de la Pl. de Santo Domingo) seguirá presente también el «Comedor San Froilán», se instalará la «Casa de la misericordia» al servicio de la pastoral penitenciaria, y habrá espacio también para otras actividades.

Al fin y al cabo, este es un fruto visible e importantísimo de la participación y la comunión de todos, expresada en el compartir los bienes, el tiempo, el trabajo, la caridad fraterna. Y es un buen ejemplo de cómo ello no obsta, sino que sirve a la actividad «socio-caritativa» en parroquias, comunidades y grupos, y depende de ella.

#### **4. Un esfuerzo educativo**

El próximo curso estará también caracterizado por un esfuerzo particular en el ámbito educativo. Tras los pasos dados este año con el Colegio diocesano «San Lorenzo», asumiremos también la titularidad del Colegio de «La Milagrosa», que nos transfieren generosamente las Hijas de la Caridad.

Aunque no participemos directamente en las iniciativas concretas, es un signo para todos de la importancia decisiva de la educación de la fe: si no conforma el modo de ser de la persona, si no la educa para estar adecuadamente en la realidad, la fe no es creíble y, al final, ni siquiera es propuesta verdaderamente a las personas —particularmente a niños y jóvenes.

Por otra parte, ¿cómo se podría pensar en la vocación propia, sin este anuncio convencido de que la fe introduce a la verdad de la vida, en todos sus factores? Por ello, esta iniciativa no se contrapone en absoluto con la realidad de nuestro Seminario, menor y mayor.

La propuesta del Menor sigue existiendo, como un camino educativo diocesano de horizonte vocacional, vivido en comunidad, en el edificio de nuestro Seminario. Tengámoslo en cuenta, no dejemos de proponer esta posibilidad y, en general, la vocación sacerdotal misma, como forma de vida en compañía

con el Señor, a la que Él llama, con la promesa de la plenitud personal y de una fecundidad grande, al servicio del bien más necesario para el propio pueblo y para nuestro mundo.

¡Mantengamos viva la propuesta de nuestro Seminario Menor, y la propuesta educativa de la fe, como promesa de verdad y de vida para toda persona!

## **5. La Jornada Mundial de la Juventud de Lisboa 2023**

Conviene recordar, a este respecto, que el próximo verano de 2023 se celebrará de nuevo la Jornada Mundial de la Juventud, este año en Lisboa.

La experiencia nos enseña que se trata de una oportunidad providencial para nuestra pastoral juvenil. El hecho de celebrarse en Lisboa hace más cercana la iniciativa, que podemos sentir más plausible, menos lejana y más propia.

Disponemos de un año para prepararla. Sin duda es una invitación y una ocasión para acercarnos a nuestros jóvenes con una propuesta de fe clara e interesante, en las familias y en las parroquias, en comunidades y colegios.

El trabajo que hagamos este año será ya un bien en sí mismo. Por eso, en todo caso, no dejemos al menos de proponer la participación, sabiendo que, si nosotros tenemos limitaciones para llevar adelante todo lo que implicaría la invitación y la preparación de la JMJ, disponemos de la Delegación de Juventud como una ayuda específica, que tendrá esta actividad como objetivo propio el próximo curso.

Procuraremos que la información llegue a tiempo a todos, así como las propuestas concretas que pudieran hacerse, desde la Santa Sede, la Conferencia episcopal y nuestra Delegación.

## **6. Agradecidos al Señor**

Iniciamos un curso más, que afrontamos con agradecimiento a Dios, que nos da la vida, el tiempo y la tarea, que confía en nosotros y nunca nos abandona, que mantiene perpetuamente el sacramento de su presencia real y de su amor ante nuestros ojos, que escucha siempre nuestra oración, tanto más atentamente cuanto más contrito o dolorido está el corazón.

Y es de nuevo un año en que caminaremos juntos, en la riqueza inmerecida de la comunión eclesial, en la colaboración y la amistad vivida, confiados en la misericordia del Señor, tantas veces manifiesta en su perdón, pero también en la caridad y los consuelos de los hermanos. También por este gran don de la comunión eclesial demos gracias a Dios.

Que María Santísima, la Virgen de los Ojos Grandes, nos ampare siempre este año, interceda por nosotros y complete con sus palabras nuestra oración insuficiente, para el bien de nuestra tarea pastoral. Y nos consiga que sepamos vivir este año como miembros activos del Cuerpo de Cristo, como familia verdadera, en la que todos tenemos nuestro lugar y a la que cuidamos como el mayor tesoro.

¡Santa María, Madre de Dios y nuestra, Virgen gloriosa y bendita, ruega por nosotros!

+ Alfonso Obispo de Lugo